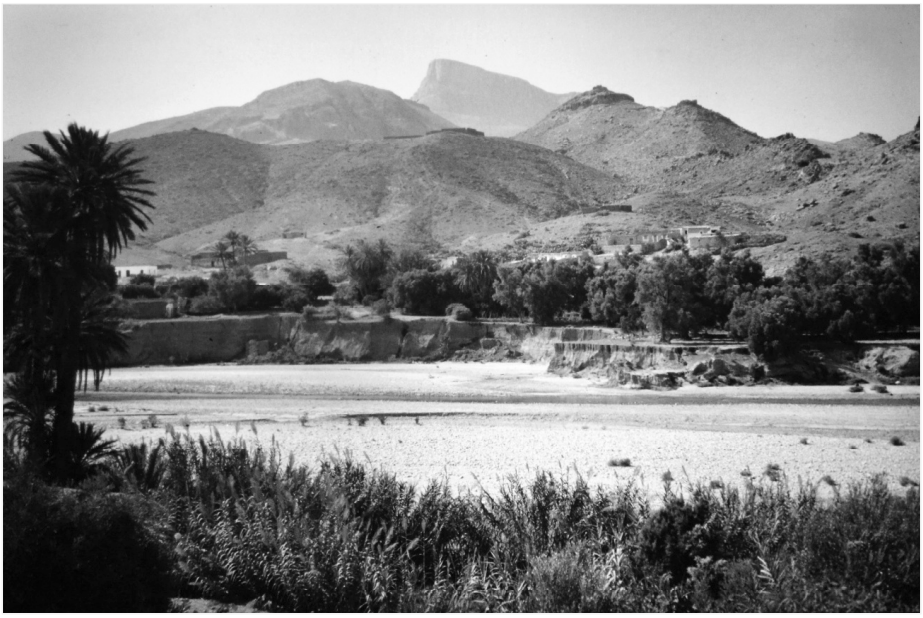
Mis exploraciones botánicas en el Magreb

Retazos de un diario

Francisco Gómiz García

Mis exploraciones botánicas en el Magreb (y sus pequeñas odiseas)

Retazos de un diario



Francisco Gómiz García

Jaca y León, 2024

© Textos, fotografías y dibujos de plantas del autor
© Dibujos de paisajes de Emilio Rojo

Fotografía de portada: El autor observando un ejemplar de *Calotropis procera* en una rambla arenosa del Hoggar (Argelia), en 1980. Al fondo, la mole del Issekrar.

Fotografía en primera página: El *oued* Za cerca de Taourirt. Al fondo el *jbel* Narguechoum (34º 20' 8" N, 2º 48' 21" W).

Maquetación y edición final: José Luis Benito Alonso – www.jolube.es

Primera edición, marzo de 2024

Depósito Legal: **HU-044-2024**

ISBN: **978-84-127863-0-9**

Edita: **Jolube Consultor Botánico y Editor, Jaca (Huesca) –** www.jolube.es

Impreso en España por Ulzama Digital

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, (incluyendo logotipos, fotos, texto o maquetación), por cualquier medio o procedimiento, sin contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor.

Derechos de copia y reproducción gestionados por el Centro Español de Derechos Reprográficos – CEDRO (www.cedro.org)

Contenido

Introducción 7
Glosario 15
27-1-1977, jueves. Mi bautismo sahariano 17
4-1-1981, domingo. Conozco a Taúnan 29
16-4-1984, lunes. Petroglifos y fósiles 33
22-4-1984, domingo. En la región de Atakor 39
30-4-1990, lunes. Comienzo con Marruecos 43
8-5-1993, sábado. Emulando a Stajánov 51
25-4-1994, lunes. Un paseo por Mentaga 61
30-4-1995, domingo. A través de Doukkala 67
5-4-1996, viernes. Mi amigo Hyakutake 71
1-6-1996, sábado. Otra vez la frontera 75
3-5-1997, sábado ¡*Restez dedans*! 79
9-6-1997, domingo. Escapando por los pelos 83
1-6-1998, lunes. Emilio y sus dibujos 87
9-4-1999, viernes. Por tierras de Guelmim 93
26-6-1999, sábado. De nuevo en el *jbel* Kest 97
28-6-1999, lunes. En el macizo del Toubkal 103
3-5-2000, miércoles. En los montes de Sidi-Ifni 107
4-6-2000, domingo. Por el circo de Jaffar 111
22-5-2001, martes. Por el Atlas Sahariano 115
24-5-2002, viernes. Por el país Zaian 121
16-4-2003, miércoles. En el *jbel* Imzi 125
30-3-2004, martes. Una de ofidios 131
16-5-2006, martes. En el Tafilalt 135
15-7-2006, sábado. En el Atlas Medio 139
16-4-2007, lunes. Por tierras del *jbel* Bani 145
23-7-2008, miércoles. Del Alto Atlas al Sarhro 151
10-10-2008, viernes. Terminó la pesadilla 157
25-6-2009, jueves. Comidos por las chinches 161
19-7-2010, lunes. Durmiendo en "La Catedral" 167
23-7-2010, viernes. Persiguiendo una quimera 171

15-3-2012, jueves. Fiesta en Polonia 177
7-6-2013, viernes. Sueños rotos 181
Epílogo 183
Credenciales 187
Combinaciones y taxones nuevos propuestas como resultado de las exploraciones llevadas a cabo en el Magreb 193
Dibujos 194
Índice de topónimos 197
Índice de especies 201

Panorámica sobre el *jbel* Sarhro, descendiendo desde el *tizi* Tazazert.

Introducción

Es de sobras conocido el cuento aquel según el cual, en cierta ocasión, condujeron preso ante Alejandro Magno a un capitán pirata. El rey macedonio, antes de decidir su suerte, le preguntó por qué se dedicaba a la piratería, a lo que aquel respondió: "Soy pirata porque solo tengo un barco, si tuviera una flota sería conquistador". Debo confesar que algunas veces me he sentido como aquél pirata. Cuando leo, o veo imágenes de las misiones oficiales de René Maire, Théodore Monod o Pierre Quézel, por ejemplo, lamento no haber dispuesto de esos medios o de esos apoyos. Todo lo que he explorado lo he hecho por mi cuenta y a mi costa. Y eso, aunque quizás pueda ser meritorio, no ha dado más que unos resultados muy limitados. Esta es mi pequeña historia de pirata sahariano.

Algunas personas me han preguntado: ¿Por qué el Magreb?

Supongo que hay más de una razón. Una de ellas fue mi insaciable ansia de libertad, curiosidad y aventura. Esos anhelos me encaminaron a esa región del Norte de África, bastante atrasada y salvaje en mis comienzos, donde todavía podía encontrarse una naturaleza sin domesticar, no preparada para el turismo de masas ni para los amantes de la aventura sin riesgo. Donde tenías que asumir las consecuencias de tus decisiones y disfrutabas más plenamente de tus conquistas. Marruecos, cuando comencé a explorarlo, era como la Almería de mi infancia, y la sensación de poder vivirla de nuevo me atrapó completamente.

Otra de esas razones, tuvo que ver con cierta misantropía hereditaria e impenitente, que, según se mire, padezco o disfruto. Es sabido que el hombre es capaz de lo más atroz y de lo más sublime. Siempre he mantenido una prudente distancia con mis semejantes, para evitar sus posibles atrocidades, mientras buscaba lo sublime por mi cuenta. Aunque para mi exculpación suelo decirme a mí mismo que no tengo ningún derecho a imponer a los demás, la presencia de alguien tan desagradable como yo. El Magreb me permitía de alguna manera convertirme en una suerte de eremita. Las relaciones personales

se reducían al mínimo y eso me relajaba mucho. Ya lo escribió Sartre: "*L'enfer, c'est les autres*". Eso no quita para que en alguno de los viajes que he hecho solo, echara de menos la compañía de alguien. Necesitar, como todo el mundo, a los demás y soportarlos con dificultad es una de mis grandes contradicciones con la que he tenido que aprender a convivir.

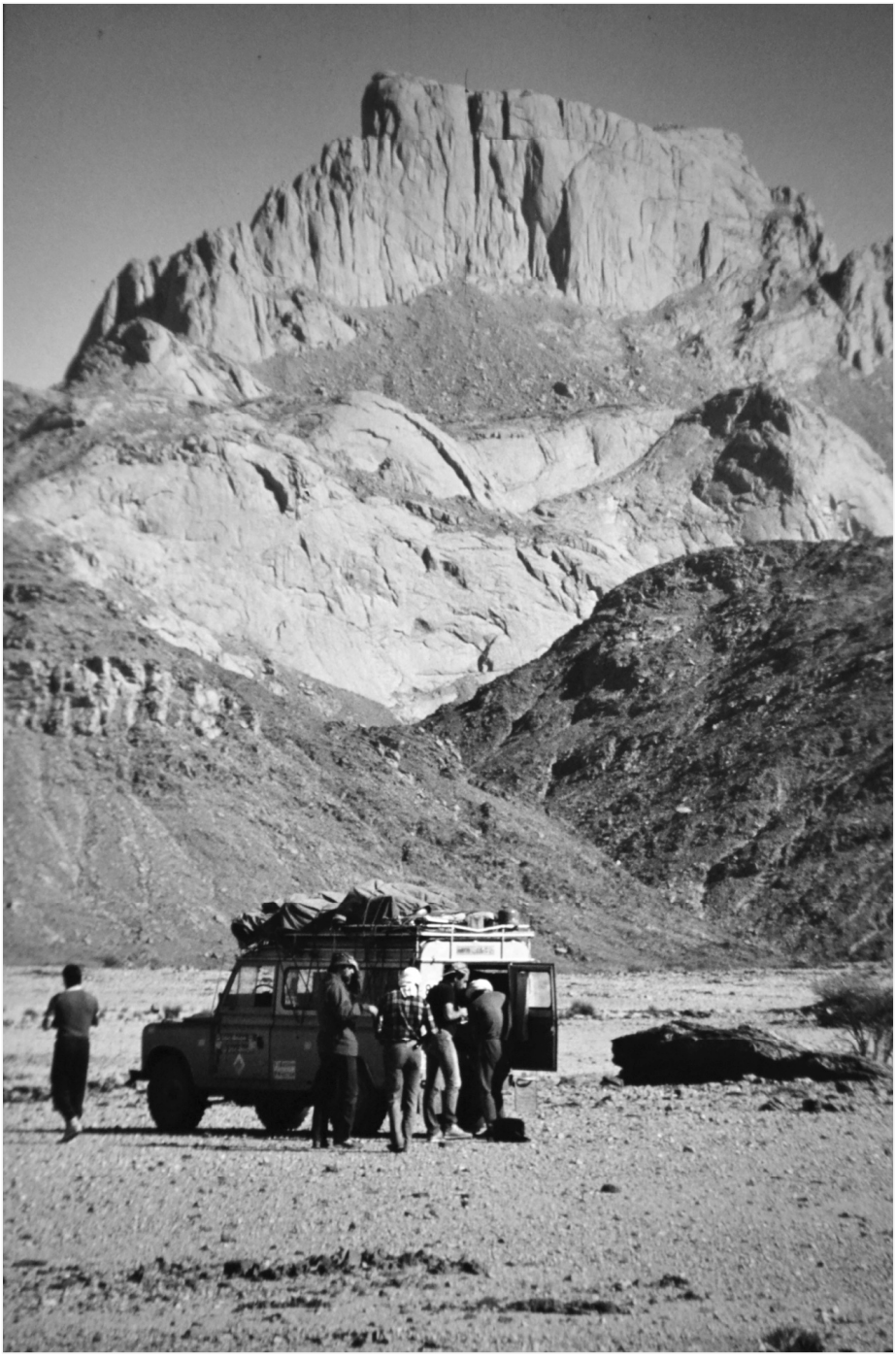
El virus magrebí me lo inoculó, en 1975, un montañero de Girona, Joan Hugas, miembro de la *Unió Excursionista de Catalunya,* que un par de años antes había preparado una expedición al Hoggar. Lo conocí en el macizo del Mampodre cuando estaba haciendo su servicio militar en León, donde yo residía desde hacía un año.

Sabía también que dos o tres años antes, Francesc Sàbat, Joan Barat y Jaume Balanyà, entre otros, habían realizado una expedición a varios macizos del Norte de África. A los tres mencionados los conocía del Centre Excursionista Pirenaic, situado en la calle Cucurulla, en Barcelona, al que había pertenecido hasta mi traslado a León. Con Jaume Balanyà[1], en concreto, había escalado, el 19 de agosto de 1973, en el Pedraforca, la vía María Antonia Estrems al Cabirols Superior.

Así es que en 1976 organicé mi primera expedición al Hoggar, Argelia, en compañía de Fernando Marné y Pedro Fierro. Allí, en la ermita del padre Foucauld, a 2.780 metros de altitud, sobre la cumbre del Assekrem (23º 15' 40" N, 5º 38' 7" E), junto a preciosos y antiguos instrumentos científicos de latón y un diccionario *tamacheq*-francés, manuscrito por el propio Foucauld, vi por primera vez en mi vida, y pude consultar, la *Flore du Sahara* de Paul Ozenda. Allí tuve mi epifanía y mi camino comenzó a dibujarse.

Antes de proseguir creo que es conveniente una aclaración, pues estoy mezclando el montañismo con la botánica. No es algo insólito. Algunos botánicos han sido buenos montañeros y algunos montañeros buenos botánicos. Me viene a la mente como caso más cercano y notable el del profesor Salvador Rivas Martínez, a quien fui presentado por Félix Llamas en la Universidad de León. Y lo digo salvando todas las distancias que nos separan y sin que mi caso admita comparación alguna con el suyo.

[1] Coautor, junto a Marga Font, de un delicioso librito titulado: "Instantes y notas de viaje", Ed. Terra Incognita (2002).



Garet-el-Djenum (25º 4’ 42” N, 5º 25’ 5” E), la impresionante montaña sagrada de los touareg. Expedición al Hoggar (Argelia) de 1980.

A esa primera expedición siguieron otras. Volví al Hoggar en 1980 y 1984, pero a partir de 1990 concentré en Marruecos todos mis esfuerzos (aunque ya había hecho dos viajes previos en 1981 y 1982). El último lo realicé en 2014 para recoger material en buenas condiciones de lo que a continuación publiqué, en *Acta Botanica Malacitana*, como *Rhodanthemum redieri* subsp. *soriae*. Fue mi última aportación.

Hay también otra razón por la que hice de Marruecos el objeto de mis exploraciones. Me hubiera encantado descubrir y describir la *Atropa baetica* en el Barranco Agrio de la Sierra de María, a cuyos pies nací hace más de setenta años, pero se me adelanto Moritz Willkomm, en 1845. Así es que emulando a mi admirado botánico alemán, no me quedó más remedio que viajar al sur, donde aún sí que estaba a tiempo de descubrir y describir, por ejemplo, la *Linaria imzica* en un "barrancón" del *jbel* Imzi, en el Anti-Atlas.

No he sido un botánico profesional al uso. Simplemente he tenido el privilegio de poder elegir el papel que quería representar en mi vida. Como un actor. Y lo he hecho. Yo quería ser un botánico y viajero romántico del siglo XIX. Un diletante de la *scientia amabilis*. Y lo he sido. Por eso he resistido tantos años y tantos viajes. Porque era feliz siendo lo que quería ser. ¿Acaso, como dice Segismundo en su monólogo, no "todos sueñan lo que son"? Además, cada vez que volvía a Marruecos recuperaba en parte mi infancia, ese territorio irremisiblemente perdido que solo perdura en el recuerdo.

Hasta que con el paso de los años ese país ha dejado de ser lo que fue. El sorprendente desarrollo de los últimos años, del que me alegro por su gente, lo ha cambiado a mis ojos.

Entre los años 1976 y 2014 realicé un total de 37 viajes a Marruecos y tres a Argelia. Fruto de todo ese esfuerzo fue el enriquecimiento de mi herbario personal y la publicación, en 2001, de mi libro *Flora selecta marroquí*. También la descripción de algunas especies y subespecies nuevas que se relacionarán más adelante.

Las expediciones realizadas en compañía de otros botánicos fueron las siguientes:

En 2004 con Félix Llamas, de la Universidad de León.

En 2006 con Àngel Romo, del *Institut Botànic de Barcelona*.

En 2008 con Àngel Romo y Adam Boratynski, del *Institute of Dendrology de Kórnik* (Polonia).

Ángel Romo y Adam Boratynski preparando plantas durante la expedición de julio de 2008 a Marruecos.

En 2009 con Àngel Romo, Pedro Soria (farmacéutico emérito), Grzegorz Iszkulo, de la *University of Zielona Góra* (Polonia) y Piotr Kosinski, de la *Poznań University of Life Sciences* (Polonia).

En 2010 con Cristina Prieto, Àngel Romo y Pedro Soria.

En 2012 con Cristina Prieto, Àngel Romo, Pedro Soria, Tomasz Wyka, de la *Adam Mickiewicz University* de Poznan (Polonia) y Jacek Oleksyn, del *Institute of Dendrology de Kórnik*.

Y en 2013 con Cristina Prieto, Àngel Romo y Pedro Soria.

Algunos amigos y familiares también me acompañaron en otras expediciones: Pedro Sedano en 1981, 1993, 1998, 1999, 2001, 2002, 2007 y 2008; Ismael Tirados en 1981, 1984, 1990 y 1992; Fermín Fatou en 1984, 1992, 2000 y 2005; María Ángeles Navarro, a la sazón mi esposa, en 1981, 1984 y 1992; Emilio Rojo en 1998, 1999 y 2001. María Jesús Cabello en 1984 y 1992; Miguel Rodrigo en 1993; Óscar Escribano en 1997; Daniel Gómiz en 2003; Víctor Castro en 2006; Antonio Gómiz en 2007.

Aunque las más emocionantes y arriesgadas fueron las seis que realicé solo, entre los años 1994 y 2000. No fue una decisión voluntaria, pero la falta de acompañantes no iba a torcer mi empeño.

Todas estas expediciones fueron realizadas, por lo que a mí respecta y como ya he dicho, a mi costa; sin ningún tipo de subvención ni ayuda. Sin embargo, no resultaron demasiado gravosas económicamente para mí, ya que viajaba con el restaurante y el hotel a bordo. En todos los vehículos con los que he viajado he llevado siempre instalada una litera con capacidad para dos personas. Y la comida la he llevado siempre desde España. Por dos motivos. El primero es que, si uno está herborizando en el corazón del *jbel* Sarhro, por ejemplo, y llega la hora de comer, no puede dejar lo que está haciendo y marcharse en busca de un restaurante que, a saber, si lo hay, a qué distancia queda. El segundo es para evitar el riesgo de que pueda hacerte daño algún alimento local, no bien lavado o mal cocinado o conservado. Solo me abastecía, sobre la marcha, de fruta y de agua embotellada, si no encontraba por el camino alguna fuente de confianza.

La higiene personal no ha supuesto normalmente un problema salvo en las expediciones al Hoggar, en las que nos duchábamos menos de lo deseado por causa de fuerza mayor. La forma de hacerlo era mediante un cubo-ducha, provisto de un grifo-alcachofa en su base, que había que colgar de algún sitio.

Momento de descanso y ducha en un oasis. Expedición de abril-mayo de 1984 al Hoggar (Argelia).

Un pozo artesiano en mitad del desierto del Sahara es una fiesta para la higiene personal cuando llevamos varios días sin podernos duchar. Expedición de 1980.

El problema estaba en que no siempre disponíamos de agua. Cuando la encontrábamos era una fiesta. En Marruecos recurríamos a los campings para ducharnos, si nos cogían de paso, o a algún hotel, si llevábamos ya varios días sin hacerlo por haber acampado por libre en zonas deshabitadas.

Algún botánico me ha comentado lo decepcionado que ha vuelto de un viaje a Marruecos, porque no había visto las plantas que esperaba ver. Eso es normal. Sobre todo, en las zonas desérticas y en el sur. No todos los años son buenos y cuando el año es malo, es muy malo. Hay que ir varias veces si uno quiere resultados satisfactorios. Recuerdo haber visto a menudo la zona comprendida entre Guelmim y la costa, completamente desolada, como muerta, y sin embargo, en marzo de 2010 presencié el milagro que suele producirse de tarde en tarde, el *acheb,* y el lugar resultaba felizmente irreconocible por su verdor y por la cantidad de plantas en flor que allí había.

Otro fenómeno que puede verse en raras ocasiones es la explosión demográfica de una determinada especie. Cuando se produce cubre por completo las colinas y las laderas, tiñéndolas de su propio color. Para mi sorpresa y satisfacción he visto colinas enteras de color azulado, al SW de Guelmim, porque *Limonium sinuatum* formaba sobre ellas un denso tapiz. En el Jbel Sarhro, normalmente también bastante árido, se produjo tal explosión de *Reseda lutea* subsp. *neglecta*, en la zona de Bab n' Ali, en abril de 2007, que todas las laderas se veían completamente verdes hasta donde alcanzaba la vista. En otra zona del mismo Sarhro he llegado a ver lo mismo con *Cladanthus eriolepis*. Pero claro, normalmente eso no lo ve uno la primera vez que va a Marruecos, si no es por pura casualidad.

Por último, debo advertir al lector que los nombres científicos de las plantas no están actualizados. Se utilizan los que estaban en uso en el momento de la determinación de los especímenes.

Glosario

acheb: vegetación efímera de terófitos que crecen tras la lluvia.
aguelmame: lago de agua dulce.
ain: fuente, manantial.
assif: arroyo.
baraka: suerte o gracia especial.
chleuh: grupo étnico bereber asentado mayoritariamente en la cordillera del Atlas, en Marruecos.
chott: lago salado que permanece seco la mayor parte del año.
douar: pequeña aldea o cortijada.
erg: dunas, desierto de arena.
foggara: ver *guettara*.
foum: garganta estrecha que forma un río al cortar una montaña.
gara: montículo aislado, de cumbre plana y bordes abruptos.
goumiers: soldados marroquíes que sirvieron con el ejercito francés.
guelta: poza de agua.
guerba: odre de cuero para el agua.
guettara: canal subterráneo de irrigación.
hamada: llanura pedregosa.
imouzzer: cascada.
jbel: monte, montaña.
kasba: alcazaba.
kechla: edificio donde vivían los goumiers con sus familias.
ksar: alcázar o fortaleza.
kessera: torta de harina de trigo y agua, cocida en la arena.
oued: río.
sebka: laguna de agua salada temporal.
tajine: plato tradicional de la cocina del norte de África.
tamacheq: lengua de los tuareg.
tanezruft: desierto en el desierto, desierto extremo.

targui: singular de tuareg.

tifinagh: escritura de los tuareg.

tizi: collado, puerto de montaña.

tuareg (singular *targui*): pueblo nómada de raza bereber que habita el Hoggar y zonas limítrofes.

zaouia: escuela religiosa a menudo ligada a un morabito.

zeriba: choza de cañas, generalmente de planta rectangular.

El *jbel* Ayachi, completamente nevado, visto desde las estepas orientales cercanas a Midelt.

27-1-1977, jueves. Mi bautismo sahariano

Más de 10.000 kilómetros en poco más de un mes. Eso es lo que he conducido. De ellos, más de 1.500 por pistas onduladas, como la uralita –*tôle ondulée*–, o bancos de un polvo finísimo que ocultaban baches traicioneros. Toda una experiencia.

Cuando el día 23 del mes pasado, jueves, arrancó desde León la expedición "Hoggar 76/77", yo acababa de llegar de Barcelona trayendo conmigo el Land Rover que le habíamos alquilado a un particular. Allí le dejé mi Citroën 2CV, con el que había viajado hasta la ciudad condal. Ese viaje supuso los primeros 1.600 kilómetros. Ayer 26 de enero, miércoles, regresé otra vez de Barcelona a donde había vuelto para devolver el todoterreno y traerme mi coche. Fueron los últimos 1.600. En medio, 7.500 kilómetros de viaje de ida y vuelta al macizo del Hoggar.

El grupo expedicionario lo componíamos Fernando Marné, Pedro Fierro y yo, pero mis compañeros de viaje, que son más jóvenes, carecían de carnet de conducir. He sido el rey del volante durante todo el viaje. El Land Rover tenía más de trece años –matrícula de 1963– y algunas novedades que yo desconocía hasta ese momento. El cambio de luces se hacía con el pie izquierdo. Al principio pensé que no iba a tener suficientes pies, pero no tardé demasiado en acostumbrarme. Además del acelerador habitual, tenía uno manual. Una palanca de mano que se podía enclavar sobre un arco con entalladuras, lo que permitía mantener una determinada velocidad más o menos constante y dar descanso al pie del acelerador. Me vino muy bien disponer de ella en la pista transahariana donde utilizarla no suponía peligro alguno. En carretera no es recomendable su uso porque la velocidad de respuesta ante un imprevisto es menor.

Los descubrimientos comenzaron antes para mis compañeros que para mí, pues siendo norteños desconocían los higos chumbos. Creo que fue en la provincia de Murcia donde, al pasar junto a unas chumberas, los comimos a placer.

Embarcamos en Almería el día 25, sábado, y desembarcamos en Melilla al día siguiente. Una travesía nocturna. A partir de ahí todo era nuevo para nosotros. Atravesamos la zona nororiental de Marruecos y desde la ciudad de

Oujda entramos en Argelia. Se fueron sucediendo las ciudades y los días: Tlemcen, Sidi Bel Abbes, Mascara –donde elaboran vino para su exportación porque ellos no lo deben beber–, Tiaret, Aflou, Laghouat. El día 28, martes, pasamos por Ghardaia, la principal población de las cinco que forman la pentápolis mazabita, en el valle del Mzab, y capital de la provincia del mismo nombre. Hasta ese momento todo marchaba según lo previsto.

Argelia nos parecía un país silencioso y gris. Nada que ver con el bullicioso, multicolor y algo marrullero Marruecos. Llevábamos tres días allí y habíamos pasado como espectros, sin apenas contacto ni con nada ni con nadie. Solo lo estrictamente necesario: aduana, banco, estaciones de servicio. En realidad, creo que nos sentíamos un poco como forajidos o furtivos. El Land Rover que llevábamos era el modelo corto, por lo que no podíamos dormir en él. Al caer la noche montábamos la tienda junto a la cuneta –el tráfico era escaso–, y por la mañana madrugábamos y salíamos pitando. Un mes sin pisar un hotel o un camping. Todas las noches de la expedición durmiendo los tres en la misma tienda. Somos jóvenes y pobres. Podemos resistirlo.

Esa noche del 28 llegamos a dormir a El-Golea. La llegada, desde el norte, fue espectacular. Circulábamos por una altiplanicie donde la arena ya había hecho acto de presencia. A veces invadía la carretera. De pronto el terreno se cortó bruscamente y a nuestros pies apareció el palmeral del gran oasis de El-Golea. A las afueras, entre palmeras, volvimos a montar la tienda una vez más.

La siguiente etapa fue de El-Golea a In-Salah, poco más de cuatrocientos kilómetros en los que hay que atravesar la meseta de Tademait: el desierto del desierto, la nada absoluta, un *tanezruft* como dirían los tuareg. Una *hamada* de color negro, empedrada, lisa, interminable…, donde nada puede vivir. A partir de In-Salah, de donde salimos la mañana del jueves, día 30, el asfalto se acaba y comienza la pista transahariana[2]. Setecientos kilómetros de castigo para el vehículo y para nosotros. Dos días más de marcha hasta alcanzar Tamanrasset. Esa primera noche llegamos al desfiladero de Arak. La obscuridad era absoluta. Compartimos fogata y cena con unos camioneros y un oficial del ejército llamado Kamel.

[2] La pista llegaba a medir, en algunos tramos, más de un kilómetro de anchura. A veces aparecía en el horizonte una columna de polvo, levantada por un camión que venía en sentido contrario al nuestro, y cuando nos cruzábamos con él lo hacíamos a esa o a mayor distancia.

Alambrada limitando la zona de exclusión de las pruebas nucleares francesas de los años 60 en In-Ecker.

Espectáculo dantesco de una montaña cortada por la mitad, como resultado de dichas pruebas nucleares, que fueron subterráneas.

Cuando terminaron de cenar fregaron sus platos y cacharros con arena. Un limpiador muy socorrido y abundante, que había sido esterilizado por la radiación ultravioleta del sol a lo largo de todo el día. Quedaron mejor que si lo hubieran hecho con el agua que no tenían. Al menos para ese menester. Nos encontrábamos a gusto con esa gente, ya no nos sentíamos tan furtivos. Comentamos a Kamel, que nos había llamado mucho la atención la juventud de las personas que ocupaban algún puesto de responsabilidad en la sociedad, en aduanas, bancos, incluso la suya propia como oficial. Nos dijo que Argelia era un país joven. Y era verdad. Luego oímos unos gritos cercanos de mujer, como si estuviera enferma o pariendo, pero no les hicieron demasiado caso. Como si conocieran la causa –ellos ya estaban allí cuando nosotros llegamos– y no pudieran hacer nada.

La suave brisa nocturna difundía en el ambiente un extraño olor a óxido y a índigo. Y a la piel del cuerpo de los tuaregs. Una piel curtida, que apenas transpira para evitar la deshidratación, y que se tiñe de azul por el continuo roce de sus túnicas. Un aroma penetrante a rocas calcinadas y a tierra sin agua. A aridez extrema.

Por la mañana nos pusimos de nuevo en marcha. Estaríamos a medio camino entre Arak y Tamanrasset, en In-Ecker, cuando una larga alambrada y carteles con una máscara antigás advertían junto a la pista. Nos detuvimos extrañados y curiosos. Un desvío partía a mano derecha. Decidimos explorarlo un poco para ver dónde nos llevaba. Unos diez kilómetros después estábamos en el centro del escenario de las pruebas nucleares subterráneas francesas. La última explosión se había producido allí casi once años atrás, en febrero de 1966. El espectáculo era dantesco. La montaña donde se habían excavado los túneles estaba partida por la mitad. Completamente derruida. Como si alguien hubiera cortado un queso en dos trozos y uno de ellos hubiera desaparecido. Había también algunos restos de barracones y estructuras metálicas retorcidas. Hicimos unas fotos y nos alejamos de allí a toda velocidad.

Unos setenta kilómetros después, siempre al sur, cruzábamos el trópico de Cáncer.

Llegamos a Tamanrasset el día de Nochevieja. La localidad era una fiesta. Estaba iluminada con luces de colores y había cine al aire libre y espectáculo de danza y cantos tuareg. El recinto donde se celebraba esto último estaba

prohibido para los sirvientes negros y los extranjeros, así que nos fuimos a la proyección cinematográfica.

La polvorienta pista transahariana tenía más de un kilómetro de anchura en algunos tramos.

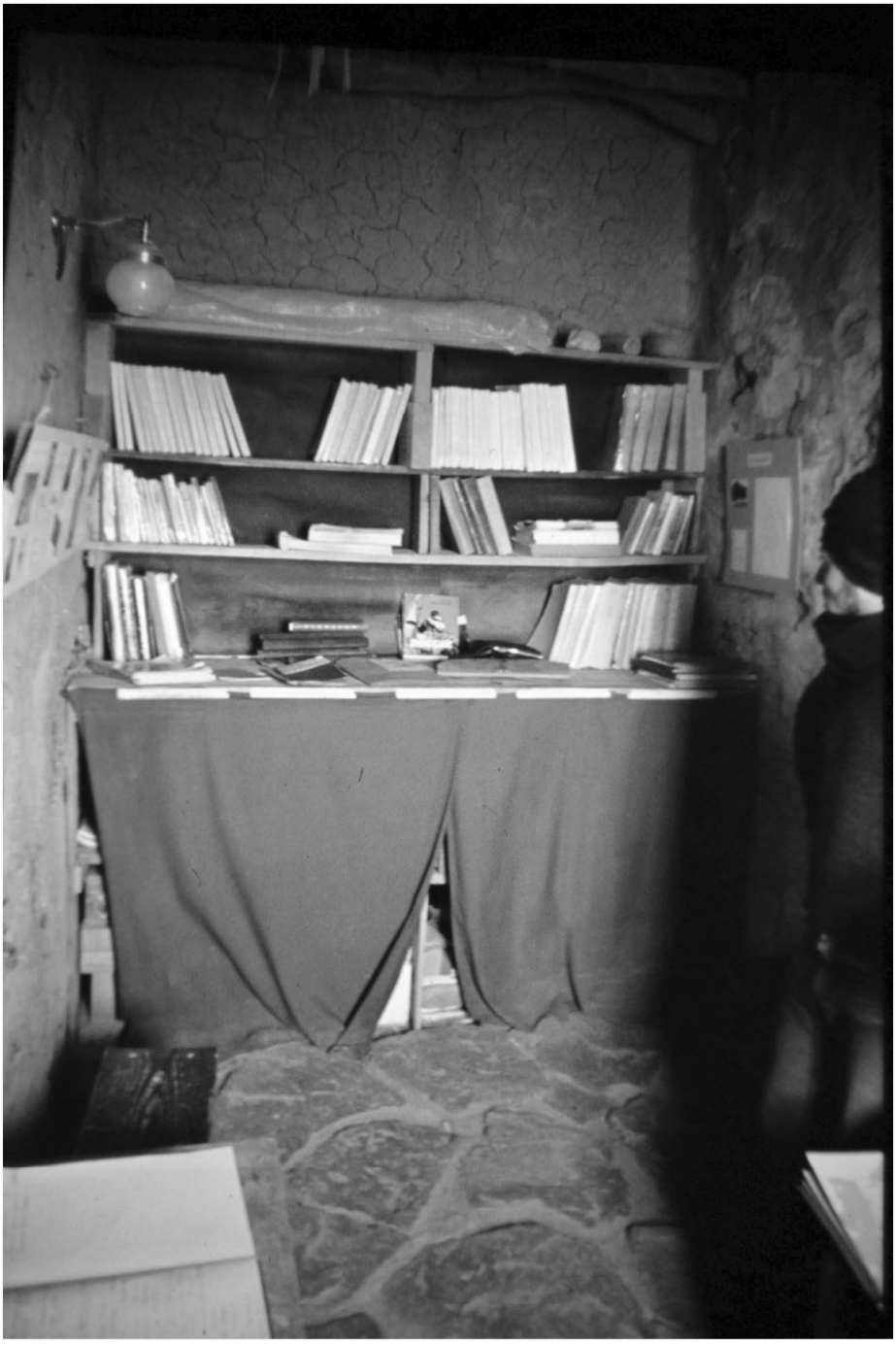
Zeriba y sus habitantes, junto a la pista, entre el trópico de Cáncer y Tamanrasset.

No aguantamos mucho. En la pantalla, un inverosímil agente secreto –tipo James Bond– de la factoría bollywoodiense, hablaba en hindi y lo subtitulaban en árabe. No estábamos preparados para eso.

Por la mañana cargamos agua antes de adentrarnos en las montañas. Nuestras *guerbas* eran dos tanques de plástico de veinte litros cada uno, que íbamos rellenando como y donde podíamos.

Tras un par de días escalando –el Adriane (22º 47' 30" N, 5º 34' 41" E) y el Iharen (22º 51' 49" N, 5º 34' 41" E) –, el lunes, día 3, contactamos con un par de tuareg. Compartimos con ellos varios tés y una *kessera* que cocieron bajo las brasas de una pequeña lumbre que prepararon a tal efecto. Nos llamó la atención su maestría para mantener el fuego con una mínima cantidad de leña. Nosotros los obsequiamos con una baga de cuatro metros y un kilo de azúcar en polvo –la suya era sólida, con el típico formato cónico, y han de trocearla con una piedra o con alguna herramienta dura–. Nos dijeron que tenían su campamento bajo el Akar-Akar (23º 1' 57" N, 5º 41' 58" E), y por ellos nos enteramos de que el camello puede cargar con un peso de hasta 150 kilos. Era un dato y lo anoté.

El miércoles, día 5, llegábamos a la ermita del padre Foucauld en la cumbre del Assekrem. Impresionante eremitorio por lo desolado y remoto del lugar. En el techo del Hoggar. En el centro del Sahara. Las vistas impresionantes. El tiempo detenido. Un bálsamo para el cuerpo y el espíritu. La sala de espera del último tránsito. La contemplación de la obra de Dios fuera del tiempo y del espacio. A pesar de nuestro tiempo tasado y de la falacia que me parece que encierra en sí mismo el concepto de libertad, nunca me había sentido tan libre. Tan en comunión con la naturaleza. Era el milagro que obraba aquel místico lugar escogido por el noble francés, devenido a eremita, para alejarse del mundo. Lo curioseamos todo con la sensación de estar profanando un lugar sagrado, aunque nuestro respeto fue máximo. Hojeé algunos libros de su pequeña biblioteca. Entre ellos encontré uno que me entusiasmó. Era una guía de plantas con dibujos a plumilla y alguna fotografía en blanco y negro. Sin concesión alguna al color. Tan austera como el lugar en el que se encontraba. La deseé ardientemente. No me cansaba de hojearla. Era la "Flore du Sahara" de Paul Ozenda. Para mí un descubrimiento y una epifanía. Algo imparable se despertó en mí cuando después de un rato volví a dejarla en su sitio.



Pequeña biblioteca de la ermita del padre Foucauld, donde vi por primera vez en mi vida la "Flore du Sahara" de Paul Ozenda.

Volvimos de nuevo al mundo que había en el exterior de aquel santuario y, durante varios días, nos dedicamos a escalar los pitones traquíticos de las inmediaciones: Los Tezoulaigs, norte y sur (23º 14'
53" N, 5º 40' 19" E), el Saouinan (23º 15' 8" N, 5º 39' 7" E) y el Aoukenet (23º 11' 55" N, 5º 35' 34" E). Pura rutina adrenalínica aromatizada con el agua de colonia de Fernando, con la que se perfumaba todos los días al levantarse. Hasta aquél en el que una pastorcilla *targui* decidió requisarla de la tienda de campaña mientras nosotros escalábamos. Fernando no volvió a ser el mismo. Por lo menos no olía igual.

El lunes, día 10, emprendimos el regreso. Al pasar junto al Akar-Akar buscamos y encontramos el campamento de los tuareg que habíamos conocido el lunes pasado. No estaban. Solo había tres mujeres y unos cuantos niños. Estuvimos allí un rato con ellas, compartiendo comida, y proseguimos ruta hacia Tamanrasset.

Tres días más tarde llegábamos a In-Salah. De milagro y en un estado lamentable. Podría decirse que andábamos de zocos en colodros. Esos segundos setecientos kilómetros de pista causaron estragos en el Land Rover. El continuo traqueteo rompió el cristal de una ventanilla. El radiador perdía agua. Fallaban la bomba de gasoil y la inyectora –de esta última llevábamos repuesto–. Los últimos kilómetros los hicimos a la velocidad de una persona andando. Las noches en el desierto son frías por lo que el sol de la mañana es una caricia, pero poco después la caricia se convierte en zarpazo. Y eso era lo que estábamos recibiendo. El calor era bastante insoportable por lo que Fernando y Pedro iban sentados cada uno en una aleta de las ruedas delanteras. A la velocidad que íbamos, menos de diez kilómetros por hora, su acción no suponía ningún riesgo. Al menos para ellos. Pero en uno de los socavones ocultos por el polvo partimos una de las barras del chasis. Lo dicho: llegamos a In-Salah de milagro.

Agobiados por la situación tratamos de buscar solución a nuestros problemas. Al menos lo que quedaba de viaje era ya por asfalto, aunque muy roto al principio. En un taller nos repararon el radiador y eso lo pudimos pagar. El presupuesto que nos dieron por soldar el chasis escapaba a nuestras posibilidades económicas.

Panorámica del macizo del Hoggar desde la ermita del padre Foucauld. En el centro, al fondo, los Tezoulaigs.

Parada en la pista de *tôle ondulée*. El desagradable efecto "uralita" con su continuo traqueteo nos decidía a parar de vez en cuando. Pedro de espaldas y Fernando de perfil.

Habíamos pasado la noche acampados junto a una expedición italiana muy bien equipada. Con médico y mecánico. Tuvimos suerte, porque se apiadaron de nosotros y nos sustituyeron la bomba inyectora por pura solidaridad entre "hermanos" de aventura. El propietario de nuestro vehículo alquilado algo se olería porque nos había metido una de repuesto.

A la mañana siguiente, dispuestos a sacar dinero de debajo de las piedras para poder pagar la soldadura del chasis, cogimos parte de lo que no era absolutamente imprescindible y nos fuimos a venderlo al mercado. Latas de conservas, ropa, herramientas, etc. De nuevo nos sonrió la suerte –está claro que teníamos *baraka*–. Un hombre vestido a la europea nos dijo que lo recogiéramos todo y lo acompañáramos a su casa. Vivía con otros dos compañeros. Eran tres maestros de escuela egipcios que enseñaban allí en In-Salah. Tenían dinero, pero no en qué gastarlo. Ya he comentado que Argelia es un país gris y aburrido. Nada parecido a Marruecos. Se comportaron con nosotros con una ecuanimidad y honradez proverbiales. Siguiendo sus indicaciones extendimos en el suelo todo lo que ofrecíamos en venta –habíamos pasado por el coche para recoger hasta la última cosa prescindible–. Para que no hubiera la más mínima duda cortaron unos trocitos de papel en los que escribimos nuestro precio y los colocamos, uno a uno, junto a cada artículo. Los tres maestros fueron escogiendo productos por orden sin discutir ni cuestionar nuestra oferta. Una vez terminada esa primera fase de la compra nos dijeron que si disminuíamos el precio de lo que quedaba podían interesarles algunas cosas más. Acordamos, entre nosotros tres, nuevos precios rebajados para lo que todavía no habían comprado y volvimos a escribirlos en los papelitos y a colocarlos junto a cada cosa. Nueva ronda de compras por su parte y así sucesivamente hasta que todo o casi todo quedó vendido. Obtuvimos dinero suficiente para reparar el chasis, y la experiencia negociadora con aquellos tres hombres justos resultó agradable y edificante.

Menos edificante por nuestra parte fue lo que ocurrió dos días más tarde en El-Golea. Habíamos llegado a esa ciudad oasis la tarde anterior y estábamos comprando unas rosas del desierto –mineral de yeso que cristaliza en forma de flor–. Un adolescente se ofreció, por cierta cantidad de dinero, a guiarnos hasta el yacimiento al día siguiente. Todo muy en secreto porque si se enteraban los que las vendían, tomarían represalias contra él. Muy temprano, acudimos prestos al punto de encuentro.

Los miembros de la expedición cerca del final de la misma. De derecha a izquierda, Pedro Fierro, Fernando Marné y el autor.

Nos condujo unos cuantos kilómetros –nos resultó imposible tomar referencias– hasta una excavación en la que se encontraban las rosas. Sé que lo que voy a relatar a continuación no va a sonar muy bien, pero se ajusta estrictamente a la verdad. Yo sólo me llevé dos o tres buenas piezas. Mostré cierta templanza. Mis compañeros, sin embargo, tomaron cada uno un cajón vacio, de la comida que habíamos vendido, y se encaminaron a por el botín. Los llenaron tanto que apenas podían con ellos y resultaba entre cómico y patético verlos acarrear un peso que casi los aplastaba. No sé qué habría pasado si en lugar de rosas se hubiera tratado de oro. Supongo que habríamos muerto todos allí.

Al final, la mejor de todas las rosas, un ejemplar soberbio, se lo quedo un aduanero a cambio de hacer la vista gorda con el resto. ¡Qué íbamos a decir!

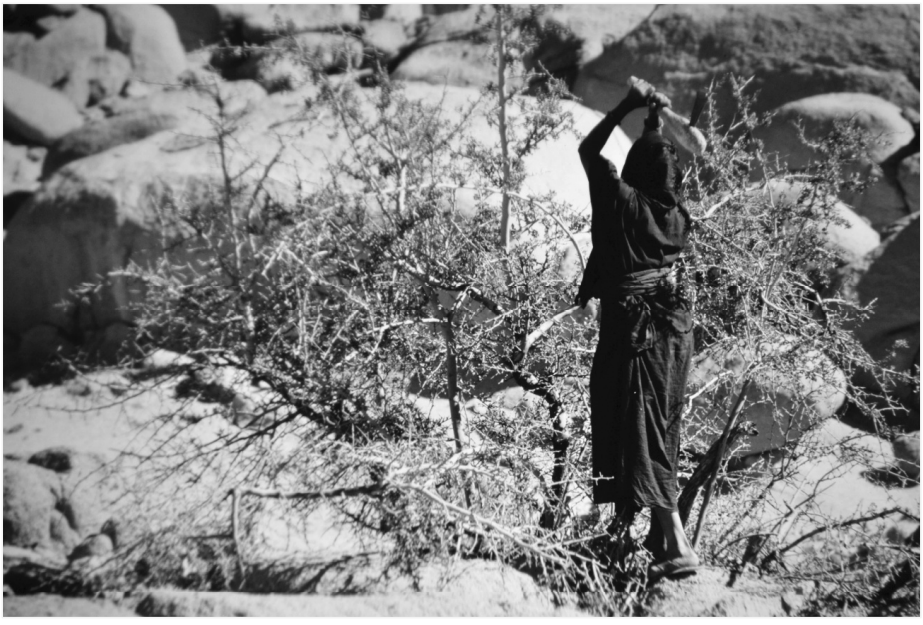
Cinco días más tarde, el sábado 22 de enero llegábamos a León y poníamos fin a la aventura. A mí me quedaba por hacer el viaje de ida y vuelta a Barcelona para devolver el todoterreno a su dueño y recoger mi modesto 2CV.

* * *

Había cumplido 26 años, hacía un par de meses, y aún ignoraba hasta qué punto iba a influir en mi vida la impresionante experiencia que acababa de vivir. Fue un punto de inflexión. Había probado una potente droga y quedé sometido sin remedio a ella. Ya había oído decir, o leído en alguna parte, que quienes conocen el Sahara acaban volviendo a él; que no se puede escapar de su atracción y embrujo. Que te esclaviza. Yo sucumbí de pleno. Sus espacios inmensos, inabarcables, su luz cegadora, su soledad vacía, sus riesgos e incertidumbres, el concepto del tiempo que impone a los mortales, son algunas de las cosas que provocaron en mí las sensaciones más vívidas que he recordado a menudo a lo largo de mi vida. Cosas provistas de una belleza hiriente que te traspasa y transmuta. Desde ese momento me dirigía, aún de forma confusa pero inequívoca, hacia una existencia dedicada a la exploración, la naturaleza y la Botánica.

4-1-1981, domingo. Conozco a Taúnan

Lo que más llamó mi atención fue el hacha. Es cierto que la profunda mirada de aquellas brillantes perlas negras engarzadas en su rostro de bronce, fascinaba a cualquiera; pero yo no apartaba la vista del hacha. Era un hacha primitiva, arcaica: el hacha primigenia. Sabido es que lo que confiere eficacia al golpe de un hacha es la inercia que alcanza, en el volteo, la densa masa metálica de su afilada pala; pero, en este caso, a falta de más hierro, la inercia se conseguía con el mango de madera. Un mango claviforme, como el que se representa en el as de bastos, en cuyo extremo más grueso y pesado se hendía una delgada hoja metálica de filo algo embotado. La sostenía en su mano con cierta indolencia, pero debió darse cuenta de la impresión que me causaba, por mi elocuente forma de mirarla.



Taúnan haciendo leña de las ramas de un arbusto con su hacha claviforme.

Ella era Taúnan, una grácil mujer *targui* –singular de *tuareg*–, perteneciente a la etnia de los altivos guerreros del velo azul, que habitan el Hoggar –región montañosa situada en el corazón del Sahara central– y sus territorios limítrofes. A tan remoto escenario nos habían conducido un viejo todoterreno y el deseo de recorrer las más importantes vías de escalada de sus famosos pitones basálticos, las desafiantes médulas plutónicas de antiguos volcanes hoy ya desaparecidos. Era mi segundo viaje a la zona[3].

Poco antes, Taúnan, me había propinado una severa regañina porque, en mi afán de fabricar un juguete para su pequeño Ilimán, inutilicé dos latas vacías de leche en polvo, que ya habíamos consumido durante el viaje, y que a ella seguramente le hubieran venido muy bien para guardar mijo, dátiles o cualquier otra cosa que hubiera querido preservar del ataque de los roedores. Eran los zancos que recordaba de mi infancia: a dos latas vacías se les practicaba, en la base, dos orificios por los que se pasaban sendos cordeles que se anudaban en forma de lazo. Subido a las latas y sujetando los lazos con las manos, a modo de riendas, uno podía andar de aquí para allá y de allá para aquí, viendo el mundo desde una inusual altura. A Ilimán –que podría tener entonces unos tres o cuatro años de edad–, le llegó prematuramente aquel juguete y no debió resultarle muy atractivo, pues apenas le hizo caso; pero su madre, que por lo visto sí concedía gran valor a aquellas vasijas, inservibles ahora para cualquier otro uso menos lúdico, me soltó una acalorada reprimenda que yo encajé con resignada mansedumbre.

Tras aquel rotundo fracaso y viendo que se disponía a cortar algo de leña, para asar una torta de mijo que había amasado previamente, quise congraciarme con ella y dejé que hiciera su aparición el quijote que lleva dentro todo español bien nacido. Estando yo presente, no podía permitir que la dama realizase aquel ingrato trabajo, así es que le requerí el hacha que tanto había llamado mi atención. Ahora podría tener, además, la ocasión de usarla.

Me condujo hasta un áspero arbusto, casi un arbolillo, al que cabras y camellos, con su continuo ramoneo, habían reducido a una intrincada maraña de ramas tortuosas, duras y más o menos espinosas. Con inmejorable disposición, intenté meterle el hacha por varios puntos, pero lo único que

[3] En esta ocasión, el equipo expedicionario lo componíamos cinco personas, José Manuel Miyares Mauricio, a quien llamábamos "Milhombres", propietario del Land Rover, Isidoro Rodriguez Cubillas, César de Prado Malagón, Luis Suárez Yugueros y yo mismo.

conseguía con cada golpe, era que aquella rebotara y que mis manos –pues con ambas lo intenté– sufrieran el castigo y los arañazos de las hirientes ramas. Fue vergonzoso. Taúnan, viendo el mal camino que llevaba y ante el temor de que me dejara las manos en el intento, me quitó el hacha, como quien quita a un niño la llama con la que se puede quemar, y en un visto y no visto consiguió leña suficiente para cocinar lo que luego nos invitaría a cenar.

No es preciso decir que quedé corrido, como la mona de la fábula, y sin más mérito que el de mi buena intención.

Más tarde me fijé en sus manos, endurecidas por el trabajo, y constaté que, junto a ellas, las mías parecían las de una damisela; y eso que, por el deporte que practicábamos, también yo las tenía moderadamente trabajadas y rudas.

Ilimán, el pequeño *targui* receptor de mi desafortunado regalo.

Tras la frugal cena nos entregamos a una pequeña celebración en la que nos obsequiamos mutuamente con cánticos típicos de nuestras respectivas culturas. Fue en ese momento, cuando los guasones amigos que me acompañaban, trataron de convencerme del que llamaban claro significado de las furtivas miradas que Taúnan me dispensaba. Muy amablemente, como viejas alcahuetas, decidieron dejarme solo con ella y emprendieron el regreso, entre

risitas y bromas, hacia el coche que habíamos dejado unos pocos kilómetros más abajo. Yo, por seguirles la corriente y por dejar que dieran rienda suelta a su ardiente imaginación, permanecí un buen rato más a solas con Taúnan, disfrutando la intensidad del momento con mayor tranquilidad; dejándome embriagar un poco más por aquella velada insólita; y entregándome a la magia de aquella noche hechizada en la que se agolpaban en mi mente, desbocadas, todas las emociones vividas aquel intenso día. Una noche inolvidable que despertaba en mí un tipo de interés diferente al que mis amigos sospechaban; que estimulaba en mí otros goces más espirituales y menos físicos.

Cuando consideré que había transcurrido ya un tiempo prudencial, en el que ignoro lo que habría pasado por la mente de mi anfitriona, me despedí de ella, abandoné el pequeño cerco de su tienda, y me alejé andando solo bajo la oscura bóveda estrellada presidida por la constelación de Orión. Mientras me dirigía hacia donde se encontraban mis colegas y me aguardaba mi acogedor saco de dormir –un artesanal Pedro Gómez, de plumón, que me había procurado tiempo atrás en Oviedo–, no podía apartar de mi pensamiento a aquella *targui* perdida en la inmensidad del desierto, en la sobrecogedora soledad de sus montañas. Taúnan me había dado ese día, sin proponérselo, una lección magistral; una lección de supervivencia en aquel medio inhóspito y paupérrimo; una lección de autosuficiencia y de comunión con la naturaleza, como yo, pretendido amante de la misma, jamás llegaría a alcanzar. Una lección inolvidable para mí, para el presuntuoso y atrevido forastero que había osado acercarse a aquella mujer indómita, con el engreimiento de quien cree que todo lo sabe y todo lo puede.

16-4-1984, lunes. Petroglifos y fósiles

Hoy hemos amanecido en las inmediaciones de Adrar (27º 52' N, 0º 17' W). Hace tres días que entramos en Argelia. Aquí las distancias no son como en Marruecos. Estamos recorriendo la inmensidad. La inmensidad vacía. Nos dirigimos a In-Salah (27º 11' N, 2º 29' E), donde esperamos llegar, sin novedad, antes de que acabe el día. Se trata de mi tercer viaje a las montañas del Hoggar, pero esta vez sin otro objetivo más que el de herborizar[4].

Anteayer, sábado, nos desviamos de la ruta normal para pasar por Taghit (30º 55' N, 2º 1' W) y ver unos petroglifos que se encuentran a unos trece kilómetros al sur de esa localidad. Lo que vimos al llegar fue espectacular. Un oasis verde tras el que comienza un *erg* infinito, un mar de dunas doradas, que se pierde hacia oriente. El paisaje parecía sacado de un cuento de "Las mil y una noches". Las figuras de la estación rupestre –que encontramos sin dificultad– representan sobre todo bóvidos y antílopes. Están talladas sobre grandes bloques de roca desprendidos y caídos sobre la arena. Se estima que tienen unos cinco mil años de antigüedad, y ponen en evidencia la evolución de las condiciones climáticas y ecológicas que ha experimentado el desierto del Sahara durante ese tiempo. Una región que debió ser muy diferente de como la conocemos en la actualidad.

Admiradas y fotografiadas las "*gravures rupestres*" proseguimos viaje hacia el sur, siguiendo el curso y valle del *oued* Saoura. Hacia Kerzaz. Allí pasamos la noche entre palmeras y tarajes.

Kerzaz, como Taghit, se levanta al borde mismo del Gran *Erg* Occidental. La carretera, tratando de evitar la arena, hace un quiebro en esa localidad, abandona el *oued,* y se introduce entre montañas, siguiendo una rambla arenosa. Luego sale de nuevo a la enorme llanura que presenta en esa

[4] Somos, de nuevo, cinco personas: Fermín Fatou Flores, su esposa María Jesús Cabello Lozano "Machús" –farmacéutica–, Ismael Tirados Ámez –biólogo–, mi esposa Mª de los Ángeles Navarro Díez "Gela", y yo mismo. Todos interesados en la naturaleza que vamos a explorar, y viajando a bordo de un Land Rover, de segunda mano, que hemos comprado entre todos para la ocasión.

Inula maletii Maire, recolectada el día 15 de julio de 2006.

16-4-2007, lunes. Por tierras del *jbel* Bani

Esta noche hemos dormido en el Land Rover. En el campo. Bajo las estrellas. No muy lejos de Bou-Azzer (30º 31' 15" N, 6º 54' 38" W), al norte del *jbel* Bani. Este está siendo un buen año, y ya llevamos una buena cosecha de plantas. De nuevo viajo con la única compañía de mi amigo Pedro Sedano.

Ayer, que habíamos amanecido en Tata, intentamos recorrer los 120 kilómetros de pista que unen Foum-Zguid y Zagora. El trayecto va en paralelo a la dorsal más oriental del *jbel* Bani. Fracasamos. Al poco de abandonar Foum-Zguid pinchamos la rueda trasera de la derecha. No me quise arriesgar a un segundo pinchazo en aquella zona tan despoblada del Marruecos sahariano. Nos dimos la vuelta.

Inoportuno pinchazo en la pista de Foum-Zguid a Zagora.

Regresamos a Foum-Zguid a ver si nos podían reparar la rueda. No tenía muchas esperanzas. Habíamos pasado por allí hacía un rato, y creía recordar

que no era mucho más que una pequeña localidad, situada en la desembocadura de un *foum*. El que forma el *oued* Zguid al cortar, en ese punto, al *jbel* Bani. No recordaba haber visto ningún taller mecánico ni nada que se le pudiera parecer. Me temía que íbamos a tener que retroceder hasta la ciudad de Tata. Pero no fue necesario. Al llegar, preguntamos y nos indicaron un lugar. Cuando dimos con él, pensé que se habían reído de nosotros. Parecía el cuchitril de un chatarrero o de un hojalatero. No había más que polvo, grasa y mugre. Dijimos lo que queríamos y, como la cosa más natural del mundo, el "mecánico" nos dijo que le bajáramos la rueda. Así lo hicimos. Él ni se molestó en tocarla. Encargó la reparación a un niño de unos doce o trece años casi más pequeño que ella. Yo no daba crédito a lo que veía. Ardía en deseos de ver cómo procedía.

Comenzó dándole presión con una bomba manual de aire, para localizar el punto de fuga. Una vez localizado y marcado, tomó un trozo de cordel, lo impregnó en una especie de liga o pegamento, lo enhebró en una lezna de aguja, y atravesó con ella la cubierta a través del poro del pinchazo. Cuando todo el cordel había pasado al interior, hizo retroceder la lezna, hasta que el cordel volvió a asomar por este lado de afuera, lo cortó a ras con unas tijeras, y asunto resuelto. Dio presión a la rueda y listo. Creo que no le llevó toda la operación ni diez minutos. Nos cobró treinta dírhams (tres euros). No cabía duda alguna: ¡Estábamos en Marruecos! Donde con poco más que un martillo y un trozo de alambre te pueden sacar de la mayoría de apuros. ¡Bendito país!

De todos modos, ya no volvimos a intentar el trayecto hasta Zagora por la pista en la que pinchamos. Nos dirigimos hacia el norte para llegar a esa localidad por carretera a través de Agdz, en el alto Drâa. Pero eso sería hoy. Ayer solo llegamos hasta Bou-Azzer, en cuyas inmediaciones dormimos. Por el camino, desde Foum-Zguid, fuimos haciendo algunas paradas y herborizamos lo que pudimos. Entre otras cosas conseguimos ejemplares de:

Cleome africana,
Aaronsohnia pubescens,
Filago prolifera,
Mauranthemum decipiens,
Crambe kralikii,
Farsetia aegyptia y
Linaria incarnata.

Vista del *jbel* Kissane desde la orilla derecha del *oued* Drâa, a las afueras de Agdz.

Pedro Sedano sobre la cresta del *jbel* Bani, junto al *col* de Anagam. Al fondo la vasta llanura que se extiende a sus pies.

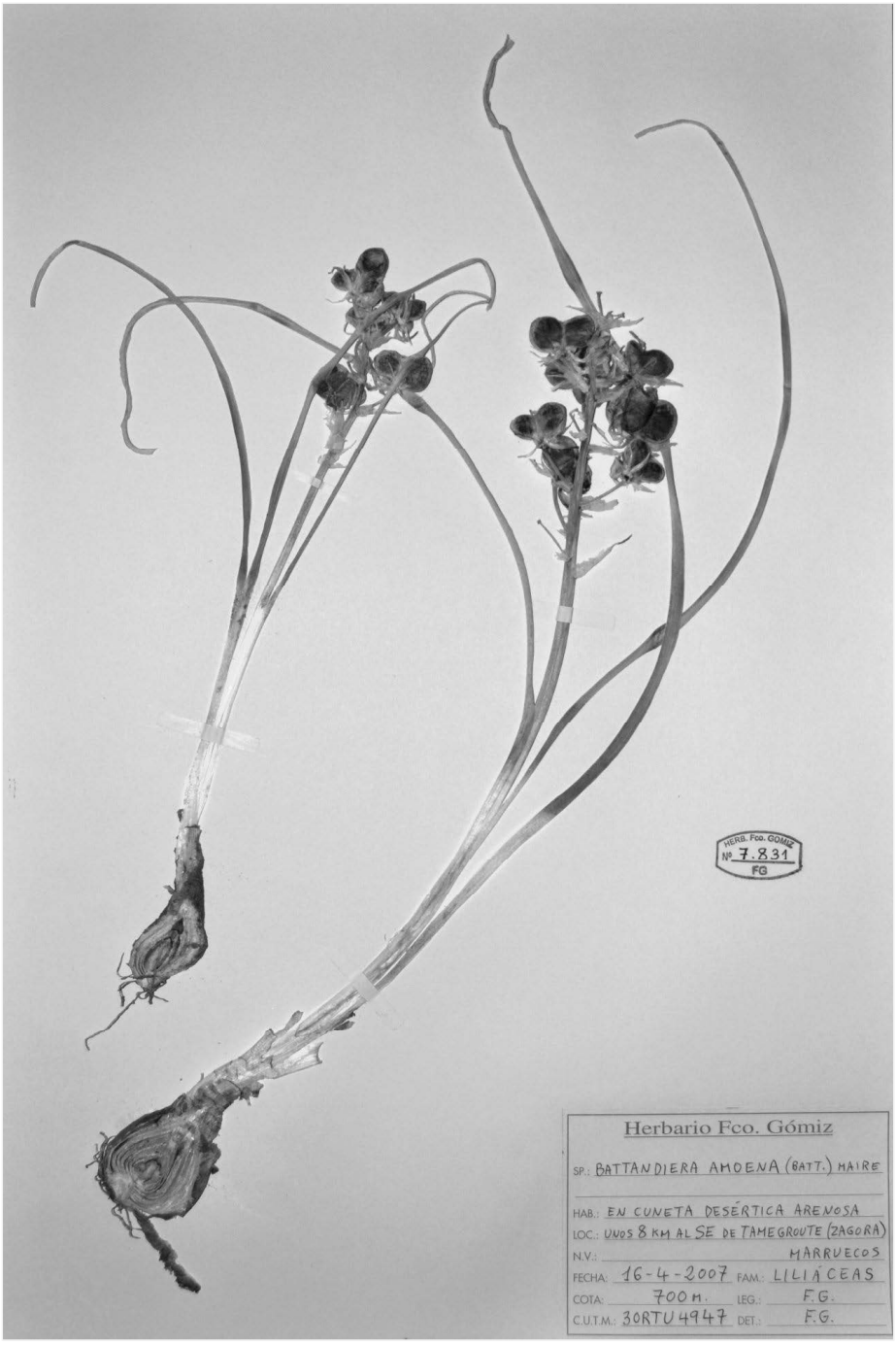
Hoy nos hemos puesto en marcha temprano. La carretera hasta Agdz sigue el curso del *oued* Tamsift. Nos hallamos exactamente en la disyunción que forma el Anti-Atlas propiamente dicho, con el *jbel* Sarhro. Aunque desde el punto de vista fitogeográfico, tanto este, como el *jbel* Siroua, se consideran Anti-Atlas en sentido amplio.

En Agdz apenas hemos hecho una breve parada para fotografiar el *jbel* Kissane (30º 42' 18" N, 6º 24' 3" W), con las *kasbas* y *ksares* que se levantan a sus pies, y continuamos viaje hacia Zagora. Por el camino, entre ambas localidades, hemos herborizado la que quizás sea la planta más tóxica del Sahara: la compuesta *Perralderia coronopifolia*. Esta especie posee una toxicidad mortal que afecta sobre todo a cabras y camellos, los animales más expuestos a su consumo. Es activa tanto en fresco como en seco. La metí en la prensa con cierto respeto.

Dejada atrás la localidad de Zagora continuamos hasta el *col* de Anagam (30º 7' 13" N, 5º 37' 52" W), que ha sido el punto más meridional que hemos alcanzado hoy. En ese trayecto hemos podido recoger muestras de:

Paronychia arabica subsp. *longiseta,*
Pulicaria crispa,
Morettia canescens,
Bromus rubens,
Battandiera amoena –otra planta tóxica rica en alcaloides–,
Plantago afra y
Limonium sinuatum subsp. *bonduellei.*

Hoy tenemos previsto ir a dormir a las inmediaciones de Bab-n-Ali, en el interior del *jbel* Sarhro, así es que nos hemos dado la vuelta y regresamos hacia el norte. Volvemos a pasar por Zagora, famosa por el jbel del mismo nombre, situado al este de la localidad, desde el que se pueden admirar espectaculares crepúsculos. Recorremos la carretera que nos conduce a Nekob. Más al este de esta localidad se extiende una región desértica, de mínimas precipitaciones y extrema pobreza, sobre la que he leído en alguna parte que "los cuervos vuelan de espaldas para no ver la miseria", pero creo que ese es un dicho, posiblemente francés, que se ha aplicado a otros lugares igualmente dejados de la mano de Dios.



Battandiera amoena Maire, recolectada el día 16 de abril de 2007.

15-3-2012, jueves. Fiesta en Polonia

Amanecemos en Assa (28º 36' N, 9º 25' W), localidad asentada a los pies de su peculiar montaña negra (en la que se pueden ver grabados rupestres y útiles paleolíticos), a unos cien kilómetros al SE de Guelmim.

Esta ciudad del Marruecos sahariano, de algo más de 18.000 habitantes, se halla situada al norte del *jbel* Ouarkziz, en la región biogeográfica del Drâa, a menos de quince kilómetros de distancia del cauce de ese río. Su *zaouia*, que fue una de las más poderosas del valle, parece ahora olvidada por el tiempo. En ese trayecto, entre Assa y el Drâa, tuve ocasión de ver, a comienzos del mes de abril de 2004, el final de una plaga de langostas. Miles y miles de insectos muertos cubrían el suelo por todas partes.

Llegamos ayer, procedentes de Tan-Tan, Ángel Romo, Pedro Soria, Tomasz Wyka, Jacek Oleksyn, Cristina Prieto y yo.

De izquierda a derecha, Ángel, Cristina, Jacek, Pedro y Tomasz, al sur de Tafraoute.

Combinaciones y taxones nuevos propuestas como resultado de las exploraciones llevadas a cabo en el Magreb

Nepeta apuleii Ucria ex Guss. subsp. *oulmesiana* Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 55(2): 476. 1997

Nepeta apuleii Ucria ex Guss. subsp. *pallescens* (Maire) Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 55(2): 476. 1997

Jasonia antiatlantica (Emberger & Maire) Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 57(1): 191. 1999

Chiliadenus antiatlanticus (Emberger & Maire) Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 58(1): 199. 2000

Stachys arenaria Vahl subsp. *mollis* (Willd. ex Benth.) Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 58(1): 199. 2000

Rhodanthemum redieri (Maire) Wilcox, Bremer & Humphries subsp. *humbertii* Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 58(1): 200. 2000

Rhodanthemum kesticum Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 58(2): 364. 2001

Centaurea fatoui Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 60(1): 224. 2003

Linaria imzica Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 61(2): 205. 2004

Centaurea austromaroccana (Förther & Podlech) Gómiz, Anales Jard. Bot. Madrid 61(2): 208. 2004

Senecio kerdousianus Gómiz & Llamas, Syst. Bot. 30(4): 899. 2005

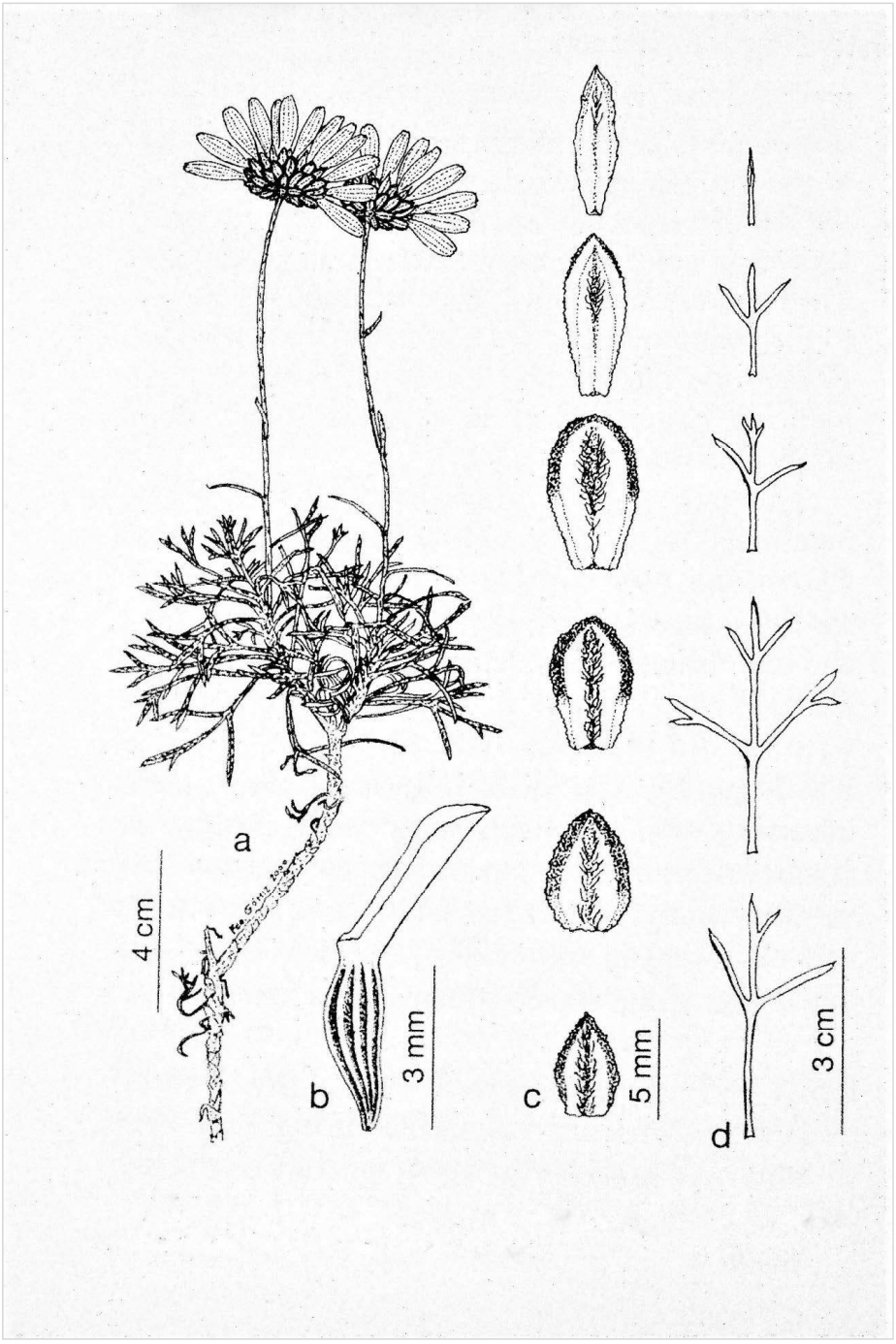
Endopappus macrocarpus Sch. Bip. var. *aureus* (L. Chevall.) Gómiz, Acta Bot. Malac. 33: 385. 2008

Cladanthus mixtus (L. Chevall.) var. *aureus* (Durieu) Gómiz, Acta Bot. Malac. 33: 385. 2008

Rhodanthemum redieri (Maire) Wilcox, Bremer & Humphries subsp. *soriae* Gómiz, Acta Bot. Malac. 39: 292. 2014.

Vista del *aguelmame* Azigza (32º 58' 38" N, 5º 27' 3" W), en el Atlas Medio.

Dibujos



Rhodanthemum kesticum: a, hábito; b, aquenio; c, brácteas involucrales; d, hojas.

Índice de topónimos

Abd-el-Hammam....140
Abouda....93
Abou-el-Khal....116
Adai....125, 126
Adrar....33, 37
Adrar de los Iforas....37, 184
Adrar-Akmoum....171, 173, 174
Adriane....22
Aflou....18
Agadez....38
Agadir....61, 125, 126, 158, 160
Agdz....146, 147, 148
Aghbala....140
aguelmame Azigza....56, 89, 193
aguelmame de Sidi-Ali....142, 161
Aguelmous....121
Ahansal....169
Ain-Asserdoun....89
Ain-Benimathar....118
Ain-Leuh....88
Ait-Blal....153
Ait-Iftene....98
Ait-Mehammed....91
Ait-Serhouchen....135
Akar-Akar....22, 24, 40
Akka....71
Aksoual....103
Al-Hoceima....46, 60
Alhucemas....46
Anezi....125
Aoukenet....24
Arak....18, 20, 39
Aremd....103
Asni....66
Assa....94, 177, 178, 180
Assekrem....8, 22, 34, 40, 42
assif Ahansal....167
assif Oumarhouz....125, 127
assif Tamrhakht....160
assif-n-Ghasi....153, 154
Atakor....39, 40
Azilal....56, 91
Bab Berred....49
Bab-Azhar....45
Bab-n-Ali....3, 148, 150, 155, 156
Bab-Taza....44, 132
Barranco del Lobo....185
Bechar....34
Bekrite....141, 142, 158
Ben-Cherro....140
Beni-Bou-Ayach....60
Beni-Hadifa....44
Beni-Mellal....55, 56, 59, 88, 89
Beni-Snassen....52
Bin-el-Ouidane....56, 91, 170
Bouarfa....116, 136
Bou-Azzer....145, 146
Boudenib....137
Bou-Iblane....171
Bouizakarne....96
Boulemane....143
Boumalne-Dadès....156
Bou-Mesguida....108, 131
Bou-Naceur....171
Bou-Zineb....56
Bzou....55, 59
cabo Beddouza....69
cabo Cantin....69
Cap Rhir....158, 160
cascadas d' Ouzoud....54, 55, 56
cedro Gouraud....51, 53, 56
Ceuta....56, 75, 123, 185
Chefchauen....43, 56, 76, 77, 78, 88
circo de Jaffar....111, 161
col de Amzloug....93, 94, 178
col de Anagam....147, 148
Col de Tagalmt....135
col de Tanout-ou-Fillali....140
Col du Kerdous....95, 96
Col du Zad....142
Dadés....136
Dar-Chebika....93, 107, 132
Debdou....118
Demnate....153
Doukkala....67
Drâa....72, 107, 146
El-Golea....18, 26
El-Jadida....67, 132
El-Ksiba....89, 140
Erfoud....79, 80, 136
Er-Rachidia....55, 80, 135, 136
Ersaf....120
Essaouira....69, 70
Fask....95, 96
Fasna....80
Fez....122, 163
Figuig....115, 116, 136
Fort Bou-Jerif....93, 107, 109, 180
Fort Tafnidilt....107
Foum-Assaka....94

Índice de especies

Aaronsohnia pubescens 55, 146
Abutilon albidum 93
Acanthorrhinum ramosissimum 55
Achillea ligustica 89
Adenocarpus anagyrifolius 63, 64
Aeluropus littoralis 34
Aeonium korneliuslemsii 130
Aerva persica 40
Agrimonia eupatoria 153
Agrostis reuteri 153
Anacyclus homogamos 115
Anarrhinum pedatum 78, 121
Andrachne aspera 94
Andryala cedretorum 122
Andryala integrifolia 140
Andryala mogadorensis 67, 68
Anthemis pedunculata 140
Anthemis zaianica 123
Antirrhinum barrelieri 140
Antirrhinum majus subsp. *tortuosum* 46
Apium repens 142
Aquilegia vulgaris subsp. *ballii* 104
Arabis alpina subsp. *caucasica* 48
Arabis pubescens subsp. *decumbens* 162
Arceuthobium oxycedri 161
Argania spinosa 70
Argyrolobium uniflorum 137
Artemisia campestris subsp. *glutinosa* 154
Artemisia negrei 154
Astragalus asterias subsp. *polyactinus* 62
Astragalus edulis 72
Astragalus epiglotis subsp. *epiglotis* 88
Astragalus gombo 80
Astragalus maurus 49, 50, 112
Astragalus pseudotrigonus 37
Athamanta sicula 130
Atractylis caespitosa 120
Atractylis serratuloides 80, 81
Atropa baetica 10
Balanites aegyptiaca 178, 180
Baldellia ranunculoides 43
Ballota hirsuta subsp. *gracilis* 150
Battandiera amoena 148, 149
Biscutella auriculata 118
Bromus rubens 148
Bunium alpinum subsp. *atlanticum* 162
Calendula suffruticosa 46
Calotropis procera 34, 178, 179
Campanula embergeri subsp. *embergeri* 105
Campanula embergeri subsp. *schotteri* 168
Campanula mairei var. *atlantica* 104
Carduncellus duvauxii 34, 35
Carduncellus eriocephalus 34, 80
Carduus martinezii 78, 87
Carduus nutans 105
Catananche arenaria 55
Catananche caerulea 55
Cedrus atlantica 139
Celsia zaianensis 121
Centaurea africana 122
Centaurea clementei 182
Centaurea maireana 164, 166
Centaurea maroccana 118
Centaurea melitensis 118
Centaurea monticola subsp. *perplexans* 105, 154
Centaurea musimonum 118, 119
Centaurea pubescens 142
Centaurea pullata 48
Centaurea pungens 37
Centaurea saharae 115, 118
Cephalaria mauritanica 143
Chaenorhinum villosum subsp. *granatense* 168
Chiliadenus antiatlanticus 100, 195
Chrysopogon aucheri 96
Cirsium chrysacanthum 104
Cladanthus eriolepis 14, 82, 136
Cladanthus flahaultii 100
Cleome africana 146
Cleonia lusitanica 43
Clinopodium atlanticum 100, 101
Cocculus pendulus 178
Commelina rupicola 94
Conopodium bourgaei 162
Convolvulus gharbensis 49
Convolvulus trabutianus 55
Convolvulus vidalii 78
Coronilla viminalis 55
Crambe kralikii 42, 146
Crepis pulchra 115
Crocus nodiflorus 158
Crotalaria saharae 72
Crucianella hirta 118, 138
Cullen plicatum 72
Cupressus atlantica 151, 178
Cupressus dupreziana 38

ISBN 978-84-127863-0-9